EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

UN MARIDO SOLTERO,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

DON ROMAN AZANTOIO.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.--40.--2.°

1875

UN MARIDO SOLTERO.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

DON ROMAN AZANTOIO.

Representada en el Teatro de VARIEDADES en la noche del 21 de Octubre de 1874.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LORRAS

N.º de la procedencia

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18
1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA CONDESA.....	Doña Juana Espejo.
LUISA.....	Doña Luisa Rodriguez.
JUAN BARCA.....	D. Juan José Lujan.
EL DOCTOR RIVERA.....	D. José Vallés.
MENDOZA.....	D. Antonio Riquelme.
PACO LARA.....	D. Andrés Ruesga.
JOSÉ.....	D. Mariano Martinez.
PEDRO.....	D. N. N.

Esta obra es propiedad de autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Salon elegantemente amueblado, puertas laterales y tres al foro, por las que se ve un salon ricamente amueblado: á la derecha del actor un etager ó armario de espejo; á la izquierda chimenea con tenazas, etc., y una carbonera de lujo capaz de contener un gaban; en su defecto, una caja elegantemente tapizada como las que se usan para contener el cok. Velador con papel y escribanía, libros, periódicos, etc., un sofá á la derecha. La escena iluminada lo más espléndidamente posible.

ESCENA PRIMERA.

EL DOCTOR viene por el foro izquierda y se sienta en una butaca.

Estoy convencido de que un médico no puede asistir á ningun baile ni reunion á divertirse, ó á distraerse como los demas mortales.—Hace sólo media hora que entré en los salones y me han puesto un humor de todos los diablos. Todo el mundo se cree con derecho, en cuanto ve á un médico, de consultarle sus enfermedades, sea el que quiera el sitio donde le encuentre.—La primer persona que me echó la vista encima esta noche fué una vieja con más años que Matusalen; en seguida me preguntó qué medicamento le convendría más, á fin de que sus digestiones no fueran tan pesadas. Mo-

rirse le iba á contestar; pero no tuve más remedio que indicarle un medicamento. No hago más que separarme dos pasos de la anciana, y una pollita me dice: Doctor, no puedo resistir la gastritis que me aqueja. Tuve que darla otra receta gratis. Me consideraba ya libre, cuando una casadita, no fea por cierto, se dirige á mí pidiéndome una receta para su marido á fin de que no duerma tanto. Que tome café, le respondí, y sírvasele usted. Podía disponer de una hora hasta la de la cita con Adelina, y en vez de divertirme me he aburrido en grande y he recetado gratis que es lo peor. (Mira su reloj.) Las doce y media. Me largo.

ESCENA II.

EL DOCTOR y la CONDESA.

COND. Doctor querido. ¿Qué es eso? Intenta usted fugarse?

DOCTOR. No señora. Sino que me he acordado de que tengo que visitar á una enferma.

COND. Á las doce de la noche?

DOCTOR. Los médicos somos como los tahoneros, que lo mismo trabajamos de noche que de dia.

COND. Ya avisarán á usted si hace falta. No nos prive usted tan pronto de su agradable presencia.

DOCTOR. Condesa...

COND. (Llamando á uno de los criados que cruzan por el fondo con bandejas de dulces y ponche.) José, un vaso de ponche á este caballero.

DOCTOR. Muchas gracias. (Mira el reloj de nuevo.) (Aún puedo disponer de un cuarto de hora.)

ESCENA III.

DICHOS, MENDOZA y LUISA.

MEND. Vamos, Luisa, tranquilízate.

LUISA. Me sobran motivos para estar fastidiada. No ve usted qué caso hace de mí mi futuro esposo?

MEND. Convengo en que tienes razon. Pero disimula tu carácter hasta que te cases.

COND. (Reparando en Mendoza y Luisa.) Mi buena Luisa. No toma usted un dulce, señor de Mendoza?

MEND. No, muchas gracias.

COND. (Á Luisa.) Te encuentro distraida, inquieta.

LUISA. No.

MEND. Está nerviosa porque aún no ha visto á su hermano de usted.

LUISA. (Á su padre.) (Cállate tú.)

COND. Tranquilízate; Paco no puede tardar mucho. Ya sabes que te quiere muy de veras.

MEND. Eso la decía yo. Pero estas chiquillas son tan susceptibles...

COND. Donde quiera que se halle estará contra su voluntad.

MEND. Le habrán detenido en el Casino.

LUISA. Aunque los quemáran...

COND. Verás cómo no vuelve cuando se case.

LUISA. No faltaba más.

COND. Seguro que no. Hoy justamente me decía que iba á borrarse de la lista de los socios. (El doctor coloca en este momento el vaso del ponche en la bandeja del criado.) ¿Un dulcecito, Doctor?

DOCTOR. Nada más.

MEND. (Á Luisa.) No tengas tan mal genio, mujer. Créeme á mí; no conviene que digas esas cosas ántes de casarte.

LUISA. Bueno. (Pero en casándome...) (La orquesta toca en el fondo una polka.)

COND. Luisita, tocan polka.

MEND. Eso es. Anda á bailar: eso te calmará los nervios

LUISA. Si no me ha invitado nadie.

COND. Cómo es eso? Doctor, esta pollita desea dar una vuelta por el salon. Se la confio á usted.

DOCTOR. Estoy á sus órdenes. (La medicina polkando. Hipócrates me perdone.)

COND. Y usted, señor de Mendoza, á distraerse tambien. En esa sala (Señalando al foro izquierda.) están jugando al Aje-

722024

drez y al Whist.

MEND. El Whist es mi juego.

COND. Véngase usted conmigo y le proporcionaré partida.

MEND. Siempre cariñosa. (Vánse foro izquierda.)

ESCENA IV.

JOSÉ y PEDRO, cada uno trae una gran bandeja con dulces, ponches y botellas.

JOSE. Nadie.

PEDRO. Aprovecha esta ocasion.

JOSE. Mira tú si viene álguien.

PEDRO. Anda de prisa.

JOSE. (Abre el armario de luna y empieza á meter vasos, botellas y dulces.) Voy. Este es nuestro bufete, y cuando los señores acaben de danzar, nosotros bailaremos con la doncella y la cocinera, alegres y contentos como una gaita. Nos echaremos un traguete de estos vinillos tan principales y viva mi tierra.

PEDRO. La señora, la señora.

JOSE. (Cierra el armario y coge la bandeja.) Por poco nos pescan

ESCENA V.

DICHOS, la CONDESA, á poco PACO y JUAN.

COND. Qué haceis aquí con esas bandejas medio vacías? Vamos, vamos, id á buscar refrescos y al salon. (Vánse los criados.) ¿Dónde estará á estas horas mi hermanito? Luisa está fastidiada completamente y con razon. Si no le ve esta noche tendrá un grave disgusto, y tal vez rompa con él. Despues del trabajo que me ha costado arreglar este matrimonio tan conveniente para mi hermano, sería una lástima que se deshiciera por una calaverada. Pero este Paquito. Este Paquito...

PACO. Julia.

COND. Gracias á Dios que has parecido.

PACO. Perdóname. Mira, te presento... Dónde se ha ido ese...

Eh! Juan, Juan. (Llamando por el foro derecha.)

JUAN. Voy. Dispense usted. Me había olvidado de recoger la tarjeta de mi abrigo... y como en los bailes se profesa el libre cambio...

PACO. Te presento al mejor de mis amigos, al banquero más *comm'il faut* de Madrid. Don Juan de Barca. Mi hermana Julia.

JUAN. Señora...

COND. Tendré mucho gusto en que honre nuestra casa, y me cuente siempre entre el número de sus buenas amigas.

JUAN. La primera de todas y... (Es muy distinguida y muy guapa esta mujer.)

COND. (Ap. á Paco.) (¿Supongo no habrás traido á este señor para que baile?)

PACO. (Ya te explicaré...)

COND. (Bien.) Ahora vé á saludar á Luisa, que la tienes desesperada.)

PACO. En cuanto diga á Juan...

JUAN. Sí. Dígame usted eso que tanto le interesaba...

COND. Perdóneme usted, señor de Barca, que me le lleve un momento. Despues podrán ustedes... hablar cuanto quieran.

JUAN. Sí, sí. El hermano se debe á la hermana.

COND. (Bajo á Paco.) (Ven á saludar á Luisa.)

PACO. (Pero si...)

COND. (Te lo exijo.)

PACO. Juan, al momento vuelvo.

JUAN. Bien.

COND. Hasta ahora.

JUAN. Á sus piés.

ESCENA VI.

JUAN. El tipo de este personaje es el de un hombre elegante, pero muy obeso.

Nada había más lejos de mí que la idea de asistir á un baile esta noche. Salí del Real, adonde había ido sin mi

mujer, porque estaba hoy muy nerviosa... Á mí me gusta el Real... Se ve allí cada espalda y cada contra espalda... Francamente, yo soy muy dillettante... de los escotes. Me venía á casa despues de haber pasado mi revista y aplaudido á la Sass, cuando al entrar en el portal siento que me sujetan por el brazo, me vuelvo algun tanto alarmado y veo á Paco Lara que me dice con un aire tan trágico como el que toma Selva en la Lucrecia: Barca, usted puede sacarme de un gran apuro. Con mucho gusto, le respondí. ¿Cuánto necesita usted? No es dinero lo que deseo. ¿Qué es entónces, dígámelo usted pronto, porque me estoy cayendo de sueño? Que me acompañe usted esta noche á un baile que da mi hermana en casa. Imposible, repliqué yo. Venga, no por mí, sino por una mujer á quien puede usted salvar de una deshonra cierta. Entónces Paco me contó que una mujer casada le había dado una cita, parece mentira, y que al volver á su casa, la pobre había perdido la llave de la puerta de entrada. Llamar á los criados ó á un cerrajero á la una de la noche era publicar su deshonra. Ademas el marido podía llegar de un momento á otro y encontrarse sin su esposa. En esta situacion se le ocurrió á Paco buscarme á mí, su amigo de confianza, y traerme á este baile donde está el marido para que yo le entretenga hasta que él me avise cuando haya conseguido el que esa mujer entre en su casa. La pobre señora le espera en la calle metida en un coche de alquiler. Yo no podía negar á Paco este favor; es muy buen amigo; es correligionario mio en política: tiene fondos en mi casa, y esa desgraciada me inspira compasion. Tal vez escarmiente, y aunque es mujer, se arrepienta.

ESCENA VII.

JUAN y PACO.

PACO. Al fin pude escurrirme.

JUAN. Qué hay?

PACO. Necesito una pareja.

JUAN. Para el marido?

PACO. No, para Luisa. Usted me hará el favor si yo no vuelvo pronto, de bailar con ella.

JUAN. Bailar yo! Imposible. Como no sea de coronilla. Pero dónde está el marido á quien debo entretener?

PACO. Tiene usted razon; ni sé lo que hago. Venga usted. (Le lleva á la puerta del foro izquierda.) Ve usted aquel que está jugando al Whist... allí enfrente de nosotros... aquel moreno de patillas...

JUAN. Aquel que tiene la frente tan ancha?

PACO. Sí, el mismo. No le deje usted salir de aquí ínterin yo no vuelva. Corro á buscar á esa pobre mujer que me está esperando.

JUAN. Pero dígame usted algun detalle para que yo pueda hablarle.

PACO. Dígale usted lo que quiera cuidando de no hablarle ni una palabra de su mujer.

JUAN. Se supone.

PACO. Ea, adios, adios. (Váse.)

JUAN. Oiga, Paco, Paco. Se va y no me dice ni cómo se llama ese pobre hombre. Éste se va á volver loco. Y la verdad es que el caso no es para ménos. Una mujer casada que se encuentra á la una de la noche en medio de la calle como una vagabunda. Y vea usted, está ahí tan tranquilo, tan satisfecho, y de seguro que está ganando. Pobres maridos, todos lo mismo; digo, todos no. Hay excepciones. Yo soy una. Á pesar de estar casado soy muy dichoso y muy feliz. Mi físico revela mi satisfaccion. Hola! que ya tengo aquí mi marido, es decir, el de su mujer.

ESCENA VIII.

JUAN y el DOCTOR, á poco JOSÉ.

DOCTOR. (Á José.) Toma, José; tráeme el abrigo. (Da al criado una

tarjeta y mira su reloj.)

JOSE. Al momento, señor Doctor.

JUAN. (Es médico, infeliz; pues para tí no hay medicina. Se conoce que tiene prisa.)

DOCTOR. (Adelina me saca los ojos esta noche.) (Se dirige al foro derecha.)

JUAN. (Y se va.)

DOCTOR. Perdí el tiempo y el dinero. No me acordé del proverbio...

JUAN. Le ha dado á usted mal el juego? Es natural y lo siento.

DOCTOR. (¿Quién será este bombo?) Gracias por su interés.

JUAN. Hay dias fatales... Sin embargo, el Whist es un juego de inteligencia, y me extraña que haya usted perdido, cuando usted la posee en tan alto grado.

DOCTOR. Es usted muy amable. (Pues este señor, á pesar de ser tan gordo, es buen fisonomista.)

JUAN. Veo que se dispone usted á dejar la reunion en el momento en que está más deliciosa. No ha reparado usted qué espaldas andan por ahí tan magistralmente modeladas?

DOCTOR. Los médicos no reparamos en esas cosas.

JUAN. Ya!

DOCTOR. (Mirando el reloj.) La una y cuarto.

JUAN. (El pobre cree que lo esperan.)

JOSE. Aquí tiene usted su gaban.

DOCTOR. Gracias. (Se pone el gaban al brazo, y al salir se dirige á saludar á Juan.) Caballero...

JUAN. (Cómo detenerle!) Doctor...

DOCTOR. Decía usted?...

JUAN. (Ah, qué idea?) Doctor, no se vaya usted.

DOCTOR. Desea usted algo de mí?

JUAN. Doctor, yo no me encuentro bien.

DOCTOR. ¿Cómo?

JUAN. Siento un fuerte dolor de cabeza, tengo vahidos, y un debilidad terrible; creo que me voy á congestionar.

DOCTOR. (Otra paradita.)

JUAN. No me abandone usted, se lo ruego.

DOCTOR. Veamos ¿qué se nota usted de extraordinario?

JUAN. Siento un gran malestar en todo el cuerpo... y mucho ruido en los oidos.

DOCTOR. Es claro. Siente usted la orquesta del baile.

JUAN. Se me va la cabeza.

DOCTOR. De mirar á los que bailan. Á ver el pulso. (En este momento deja el Doctor el gaban que habrá tenido al brazo, sobre el respaldo del sofá en que estará sentado Juan.)

JUAN. De seguro que le tendré muy agitado.

DOCTOR. Nada de eso. Le tiene usted perfectamente natural.

JUAN. Sin embargo, yo me siento muy malo. Debo tener calentura, y si no la tengo, la debería tener.

DOCTOR. (Este señor está monomaniaco.) Con efecto, tiene usted alguna fiebre... (Amarilla debería ser para que me dejases en paz, hipopótamo.)

JUAN. Ya lo sabía yo. (Qué bruto!)

DOCTOR. (Hay que darle la razon para que me deje marchar.) Su indisposicion repentina no ofrece cuidado; es sólo un poco de frio que ha tomado usted.

JUAN. Tal vez al salir del Real.

DOCTOR. Ha estado usted en el Real? Pues eso es. (Coge el gaban y se dispone á marcharse.)

JUAN. Doctor, no me abandone usted. Su presencia me calma y me tranquiliza.

DOCTOR. (Ea, ya me voy cargando yo!)

JUAN. Prescríbame usted lo que deberé hacer.

DOCTOR. Deme usted las señas de su casa, y mañana se lo diré.

JUAN. Tenga usted presente que tengo un temperamento muy sanguíneo.

DOCTOR. (Lo que tú tienes en las venas, no es sangre, sino plomo puro.)

JUAN. Es el temperamento de mi familia. Mi abuelo materno...

DOCTOR. (No lo digo, y Adelina que me está esperando.) Oiga usted lo que debe hacer.

JUAN. Diga usted. Diga usted.

DOCTOR. Ántes de acostarse esta noche, toma usted una taza de té muy calentito, se arropa usted bien, suda, y mañana

por la mañana está usted como una rosa. Conque retírese usted á casita; si usted quiere yo le acompañaré.

JUAN. (Cómo dejo yo á este hombre irse.)

DOCTOR. ¿Dónde vive usted?

JUAN. Á dos pasos de aquí, en la calle de Alcalá.

DOCTOR. Mi camino. Ea, ande usted y le dejaré á la puerta de su casa.

JUAN. (Y luégo se irá á la suya. Justamente lo que yo tengo que evitar hasta que venga el otro.)

DOCTOR. Conque vamos?

JUAN. Gracias, Doctor. Me encuentro más aliviado y voy á ver si me distraigo un poco.

DOCTOR. No me parece mal. (Está más sano que yo.) Divertirse.

JUAN. (Y se va.) Dispénseme usted, Doctor. Una palabra.

DOCTOR. Mañana le daré á usted toda la conversacion que quiera. Esta noche me es imposible, me están esperando, y mi deber...

ESCENA IX.

DICHOS, la CONDESA y LUISA.

COND. Aquí estará, hija mia.

JUAN. (Ya tengo refuerzo.)

LUISA. Pues no le veo.

COND. Doctor.

DOCTOR. Condesa, si me busca usted para que juegue de nuevo al Whist, la suplico que me perdone, pero me es imposible.

COND. Nada de eso. Ha visto usted á mi hermano por aquí.

DOCTOR. Á Paquito? No señora.

LUISA. Me invita para bailar este rigodon y desaparece. Esto es insufrible.

COND. Para castigarle, deberías bailar con otro.

JUAN. Buena idea. Aquí tiene usted al Doctor.

DOCTOR. Yo? (Este hombre no tiene pensamiento bueno.)

COND. Ninguno mejor.

DOCTOR. Pero...

JUAN. Esta noche le persigue la fortuna.

DOCTOR. (Quien te va á perseguir á tí soy yo, y como caigas entre mis manos, ya sé dónde vas á ir á parar.) (Música dentro.)

COND. (Mirando por el foro derecha.) Se están colocando las parejas. Ea, en baile.

DOCTOR. (Ofreciendo el brazo á Luisa.) Señorita... (No va á ser escándalo el que me va á dar Adelina.)

LUISA. Gracias.

COND. Vamos, á bailar, á divertirse.

ESCENA X.

JUAN.

Ya le tengo entretenido por un cuarto de hora lo ménos. Pero y luégo? Ah! su gaban. Voy á escondérsele. Dónde? En este armario. (Mete el gaban en el armario de espejo, y cierra precipitadamente; en el momento se oye ruido de vasos rotos.) Demonio. Yo he roto algo que habia ahí dentro. Lo mismo me da; nadie ha de saber que he sido yo. Ahora voy al salon, no se me escurra el Doctor por otro lado.

ESCENA XI.

JOSE, aparece por el foro con una bandeja de dulces.

Me pareció haber oido por aquí cierto ruido. No, no hay nadie. Aprovecho esta ocasion para guardar unos vasitos de ponche. Válgame Dios qué estropicio; los vasos vertidos, las botellas rotas. Ese animal de señorito habrá sido por meter aquí su gaban. (Tira al suelo el gaban, cuidando que quede debajo del sofá.) Gente viene. (Cierra el armario con llave y se la guarda.) Que no me vean.

ESCENA XII.

EL DOCTOR y JUAN, á poco JOSÉ.

DOCTOR. Ese rigodon es interminable; he dicho á mi pareja que

me había torcido un pie para escurrirme.... y mi gaban?

JUAN. (Aquí está. Creí que se me había escapado.)

DOCTOR. Dónde le puse?

JUAN. (Sí, busca, busca.)

DOCTOR. (Reparando en Juan.) (Otra vez este tonel? Pues señor, este hombre es mi sello de guerra.) Ha visto usted por casualidad mi gaban?

JUAN. No.

DOCTOR. Yo le dejé en esta habitacion.

JUAN. Ah! (Cogiendo el gaban que está debajo del sofá, y ocultándole detrás de sí.)

DOCTOR. ¿Lo ha encontrado usted?

JUAN. No señor, no. (Está ciego.) Pregunte usted á los criados.

DOCTOR. Tiene usted razon. Pedro, José.

JUAN. Dónde meto yo esto? Ah! en esta carbonera. (Mete el gaban en la caja que habrá al lado de la chimenea.)

JOSE. Señor.

DOCTOR. Has visto por aquí un gaban claro?

JOSE. No señor, no ví nada.

DOCTOR. Bueno. Ya parecerá por ahí. Si lo encuentras recógelo, y mañana me lo llevas á casa.

JOSE. Bien está. Sí señor. (Váse.)

DOCTOR. Y ahora...

JUAN. Se va usted?

DOCTOR. Á la calle, ya es tiempo.

JUAN. Sin gaban? Va usted á coger una pulmonía.

DOCTOR. Me abrocharé el frac y listo. Demonio. Si no están abiertos los ojales; es claro, como á mí no me sirven ni áun para ponerme un cintajo...

JUAN. Cómo es eso? No está usted condecorado?

DOCTOR. No señor.

JUAN. Por Dios, hombre, no diga usted eso.

DOCTOR. Pues no lo estoy, no señor.

JUAN. Al ménos la cruz de beneficencia es preciso que la tenga usted. Cien mil sacamuelas la tienen sin mérito alguno. Y usted que tanto vale, es preciso que obtenga la de primera clase.

DOCTOR. Usted me confunde.

JUAN. Y eso no es nada. Ó poco puedo ó he de reparar la injusticia del gobierno, haciendo nombrar á usted Consejero de Sanidad. No hay más, usted será consejero.

DOCTOR. Muchas gracias por su deseo. Pero yo no tengo ni favor.

JUAN. Qué favor? Usted tiene de sobra otra cosa que vale más. De seguro á usted no se le habrá ocurrido pedir nada á nadie.

DOCTOR. Jamás. (No es tan antipático este hombre tratado.)

JUAN. (Le encontré el flaco.) Nadie más que los médicos necesitan esas distinciones. Porque desengañémonos, las gentes se pagan de las apariencias. Nada, es necesario reparar el olvido de nuestro gobierno. Justamente tengo un amigo que lo es íntimo del ministro de Gobernacion y á quien nada le niega.

DOCTOR. ¿Es quizá el señor de Mendoza?

JUAN. Precísamente. (En mi vida le he visto.)

DOCTOR. En el salon está.

JUAN. Ah!

DOCTOR. Hace media hora he estado yo jugando con él al Whist.

JUAN. Pues ya tiene usted un nuevo título. Vamos á escribir una notita y yo se la entregaré.

DOCTOR. No sé cómo agradecerle tanto interés y mañana...

JUAN. Qué mañana, mañana. Ahora mismo vamos á escribir la peticion.

DOCTOR. Aquí, en un baile.

JUAN. El mejor sitio. La gran política se hace siempre ó bailando ó comiendo. Siéntese usted ahí y escriba lo que yo le dicte.

DOCTOR. (Que espere Adelina, no es cosa de desperdiciar esta ocasion.) (Se sienta y escribe lo que le dicta Juan.)

JUAN. «Excelentísimo señor ministro de la Gobernacion. El infrascrito...» su nombre y cualidades.

DOCTOR. Me parece que encabezamos la peticion como un curial.

JUAN. No despreciemos el estilo de esos señores; cuando tanto se hacen pagar por sus escritos es que no serán tan malos como parece. Su nombre y cualidades.

DOCTOR. «Adolfo Rivera y Gil.»

JUAN. (Ya sé su nombre.)

DOCTOR. «Doctor en medicina y cirujía. Miembro de la Academia de Medicina de Madrid.»

JUAN. Autor de... Usted habrá escrito algo.

DOCTOR. No señor.

JUAN. No importa. Ponga usted autor anónimo de un tratado sobre la litotricia.

DOCTOR. Pero...

JUAN. Déjese usted llevar. «Expone á...»

DOCTOR. Á su ilustracion.

JUAN. No, no. «Expone á la reconocida ilustracion de vuecencia.» No olvidemos el reconocimiento. «Y solicita como justa recompensa á sus grandes servicios...»

DOCTOR. Esto es demasiado.

JUAN. No diga usted eso. Qué español tiene usted hoy que no haya hecho un gran servicio á su patria. Aunque no haya sido más que prestar dinero al gobierno y no cobrarlo. Le parece á usted poco?

DOCTOR. Eso es verdad.

JUAN. Siga usted. «Consagrados á la humanidad...

DOCTOR. Doliente.»

JUAN. No está mal. Porque ahora todos estamos doloridos. «Esperando en justa recompensa se me nombre miembro del Consejo de Sanidad y se me conceda la cruz de beneficencia de primera clase.»

DOCTOR. Me parece mucho pedir.

JUAN. Más piden ellos. Esté usted seguro que el ministro no se asustará, ya están acostumbrados. Siga usted. Siga usted. «Gracia que espero me será concedida, etc., etc.» La fórmula de costumbre. Fírmela usted y yo me encargo del resto.

DOCTOR. Ya está. Tome usted y gracias, muchas gracias. Espero que nos veremos mañana.

JUAN. Qué se va usted?

DOCTOR. Ya lo creo. Si me he detenido hora y media más de lo que podía. (Mirando su reloj.)

JUAN. No se vaya usted hasta que yo hable con ese amigo y nos dé su opinion.

DOCTOR. Bien. Esperaré un poco.

JUAN. Eso es.

DOCTOR. Interin ve usted al señor Mendoza, yo voy á ver si parece mi gaban.

JUAN. Perfectamente. Ah, pero deme usted su palabra de no marcharse sin verme!

DOCTOR. No faltaba más.

JUAN. Pues hasta luégo.

ESCENA XIII.

JUAN, á poco la CONDESA.

JUAN. Si no te vas hasta que parezca tu gaban, va para largo. Qué inocentes son los hombres de talento. Con qué candidez escribía su memorial. Bien puede Paco agradecerme este servicio. Y á todo esto yo me siento cansado y con un sueño inmenso. Voy á acomodarme en este sofá para esperar á mi hombre. (Se sienta en el sofá.)

COND. Nada, no parece mi dichoso hermano; de seguro hay faldas de por medio. Ayer ví sobre la mesa de su despacho una cartita de una señorita Julia...

JUAN. Si supiera que no roncaba...

COND. (Reparando en Juan.) Señor de Barca...

JUAN. Señora...

COND. Me alegro encontrarle. (Éste sabrá.) Quiere usted contestar con franqueza á una pregunta que voy á hacerle?

JUAN. Diga usted.

COND. ¿Usted sabe dónde está mi hermano?

JUAN. Sí... digo... no... digo sí...

COND. No me lo oculte usted, se lo ruego.

JUAN. (¿Y cómo niega un hombre nada á una mujer que tiene unas espaldas como esas?) Se lo diré á usted prometiéndome guardar el secreto, porque se trata del honor de una mujer.

COND. Una intriga amorosa. Me lo figuraba.

JUAN. Se trata de una pobre mujer que ha dado una cita á su hermano de usted esta noche, y que sin saber cómo, ha perdido la llave de la puerta de su habitacion y no puede entrar en su casa. Interin su hermano de usted ve la manera de arreglar este asunto, me ha encargado á mí de entretener al marido.

COND. Está en el baile? Y quién es?

JUAN. Usted guardará el secreto?

COND. Excusada pregunta. Le parece á usted que me importa poco?

JUAN. Usted es su hermana.

COND. Sí, sí. Diga usted, diga usted quién es el marido.

JUAN. El Doctor Rivera.

COND. El Doctor!

JUAN. Sí señora.

COND. (¿Cómo ha de ser ese, si Rivera es soltero?)

JUAN. Yo he accedido á tomar parte en esta intriga porque quiero mucho á Paco, y crea usted que he hecho un verdadero sacrificio, porque dejé en casa esta noche á Julia bastante delicada.

COND. Usted es casado?

JUAN. Afortunadamente.

COND. Y su esposa se llama Julia?

JUAN. Sí señora. La conoce usted?

COND. Creo que sí. (Ahora lo comprendo todo; mi hermano le ha encargado que detenga al Doctor para que éste no pueda ir á su casa.) Já... já... já...

JUAN. Le ha hecho á usted gracia el enredo, eh?

COND. No deja de tenerla, créame usted. Já... já...

JUAN. Sí, gracia... gracia tiene. Condesa, me ocurre la idea de que enterada usted como lo está de este asunto, debería usted seguir entreteniendo al Doctor, y así podría yo irme á casa, porque Julia estará ya á estas horas inquieta con mi tardanza.

COND. (Esta sí que es buena. Si se va éste á su casa todo se ha perdido.)

JUAN. Conque usted terminará la obra empezada. Condesa,

de nuevo la repito que tengo una verdadera satisfaccion en haberla conocido.

COND. Y quiere usted privarse de ella tan pronto? No, no le permito que se vaya todavía. Tenemos que hablar los dos, ya que estamos solos, algo de mi hermano. Siéntese usted un momento aquí conmigo.

JUAN. Con muchísimo gusto. (Decididamente esta mujer tiene un descote magistral.)

COND. Usted, que es tan amigo de Paco y que tiene gran ascendiente sobre él, debería aconsejarle que se dejára ya de locuras y se casase.

JUAN. Precisamente es lo que mi mujer y yo le decimos todos los dias.

COND. Su señora tambien le aconseja?

JUAN. Más que yo. Ella le pinta las dulzuras del matrimonio, la tranquilidad del hogar doméstico, y yo le hago ver todo lo feliz que me hace mi Julia.

COND. (Pues como no varíen de argumento el chico no se me casa.)

ESCENA XIV.

DICHOS, MENDOZA.

MEND. (Por la Condesa, deteniéndose en el foro á fin de oir las últimas palabras del diálogo.) Aquí está.

JUAN. Si Paco escuchára mis consejos ya hubiera roto con esa mujer y con todas las de esa clase.

MEND. (Qué oigo, mi futuro yerno anda con mujercillas?)

COND. (Apercibiendo á Mendoza.) Silencio!

MEND. Buscaba á usted, Condesa, para decirla que Luisa se quiere marchar.

COND. De ningun modo. Es muy temprano todavía. Voy á detenerla.

MEND. Sí, vaya usted á ver si la convence.

COND. ¿Usted no me acompaña?

MEND. Si usted me lo permite voy á quedarme aquí un rato á respirar un poco, porque en los salones hace un gran

calor y estoy sofocado.

COND. Como usted quiera. Señor de Barca, espero no se irá usted de casa sin decirme adios.

JUAN. De ningun modo. (Son muchas espaldas las de esta mujer. Decididamente me gustan.)

ESCENA XV.

JUAN y MENDOZA.

MEND. Usted me perdonará la indiscrecion de mi pregunta. Hablaban ustedes de Paquito cuando yo entraba, verdad?

JUAN. En efecto. (Quién será este señor?)

MEND. Es un muchacho á quien quiero muy de veras.

JUAN. Es apreciabilísimo.

MEND. No tiene más defecto que el ser un poco ligero de cascos.

JUAN. Justamente es lo que decíamos su hermana y yo.

MEND. Entendí que hablaban ustedes de una mujer.

JUAN. Chist... No hable usted de ese asunto aquí, porque va en ello el honor de una mujer, cuyo marido está entre nosotros.

MEND. (Qué escucho!)

JUAN. Despues de todo, qué diablos, si ahora que es jóven no se divierte...

MEND. Pero con una mujer casada...

JUAN. Qué... Si el marido es un tonto.

MEND. Le conoce usted personalmente?

JUAN. Ya lo creo.

MEND. Quién es? Quién es?

JUAN. Silencio, que puede oirnos.

MEND. ¡¡El Doctor!!

ESCENA XVI.

DICHOS, el DOCTOR.

DOCTOR. No parece mi gaban. (Juntos Mendoza y este amigo? de

seguro hablaban de mi pretension.) Perdonen ustedes si les he interrumpido.

MEND. Nada de eso.

JUAN. Usted no estorba jamás. (No sé por qué me hace feliz este pobre hombre.)

DOCTOR. (Ap. á Juan.) (Le dió usted mi notita.)

JUAN. (Sí.)

DOCTOR. (¿Y qué?)

JUAN. (Que se arreglará á nuestro gusto.)

DOCTOR. (Dirigiéndose á Mendoza.) Mi querido amigo, permítame usted que le dé muchas gracias.

MEND. De qué...

DOCTOR. Por el interés que se toma por mí.

MEND. El interés?

DOCTOR. Sí señor. Nunca le agradeceré á usted bastante el apoyo que me prestará con su amigo el ministro de la Gobernacion.

JUAN. (Cáscaras! Que este es Mendoza!)

MEND. Cada vez entiendo á usted ménos, Doctor.

JUAN. Sí, hombre...

DOCTOR. El señor Barca no ha hablado á usted de mi asunto?

MEND. De cuál?

DOCTOR. De que yo obtenga una plaza de Consejero de Sanidad.

MEND. Si yo no he visto en mi vida á este señor.

JUAN. (Me aplastó.)

DOCTOR. Si me ha dicho que era muy amigo de usted.

MEND. Mio!!

DOCTOR. Y que con su influencia y la de usted, arreglaría el asunto.

MEND. (Dirigiéndose á Barca.) Oiga usted, señor mio, por quién me ha tomado usted á mí?

DOCTOR. (Á Barca.) Es que ha pensado usted divertirse conmigo?

JUAN. Señores... señores... (En buen lio estoy.) Aquí hay una equivocacion.

MEND. Explíquela usted pronto.

DOCTOR. Sí, sí, al momento.

ESCENA XVII.

DICHOS, la CONDESA.

COND. Qué sucede, señores?

MEND. Condesa amiga, cosas muy graves. En primer lugar, acabo de saber que su hermano tiene amores con una mujer casada.

COND. ¿Quién ha dicho eso?

MEND. El señor.

JUAN. (Quisiera encontrarme ahora en el Campo del Moro á pesar del frio.)

COND. Cómo se ha permitido usted cometer tal felonía.

JUAN. Señora...

COND. (Á Mendoza.) No crea usted semejante calumnia.

MEND. Por sí ó por no, me llevo á Luisa. Despues arreglaré yo á este caballero. (Váse foro izquierda.)

COND. (No nos faltaba más sino que tras un rompimiento con Luisa, éste se vaya ahora á su casa.) (Al Doctor aparte.) (Doctor, no permita usted de ningun modo que salga de aquí Barca.)

DOCTOR. (¿Por qué?)

COND. (Ya lo sabrá usted. Me importa mucho que no salga de aquí.)

ESCENA XVIII.

EL DOCTOR y JUAN.

DOCTOR. (Que detenga á este tipo? Verdad es que me debe una explicacion de su conducta.)

JUAN. (Que se arreglen Paquito y su hermana, y todos ellos como quieran, bastante me han fastidiado ya. Me voy á mi casa.) (Dirigiéndose al foro.)

DOCTOR. Un momento, caballero.

JUAN. Qué desea usted.

DOCTOR. Usted comprenderá que yo necesito pedirle una explicacion.

JUAN. Veinticinco le daré á usted mañana, si no le basta una.

DOCTOR. Que mañana... mañana. Es preciso entienda usted que de mí no se ha burlado nadie impunemente.

JUAN. (Ahora un duelo? No me faltaba más.) Yo le explicaré á usted lo que aquí ha pasado, que es muy sencillo. (¿Qué le digo yo? ah!) Usted me habló de un Mendoza, y yo hablaba de otro; á éste no le conozco, es verdad; á quien yo trato es al otro, y al otro es á quien yo voy á recomendarle á usted.

DOCTOR. Y por qué no dijo usted eso desde luégo.

JUAN. Porque ustedes no me dejaron tiempo... (para inventarlo.) Asunto de qué había yo de querer burlarme de usted.

DOCTOR. Eso decía yo. Estoy satisfecho.

JUAN. ¿Quiere usted más explicaciones?

DOCTOR. Me bastan.

JUAN. Pues divertirse mucho y hasta otra vez.

DOCTOR. Se retira usted ya?

JUAN. Ahora mismo. Voy por mi gaban.

DOCTOR. (Y cómo le dejo irse?) Quédese usted un ratillo más; vamos á dar una vuelta por el salon.

JUAN. Lo haría con gusto; pero estoy sofocado y molido y necesito descansar.

DOCTOR. Si se espera usted unos momentos más nos iremos juntos.

JUAN. (Tiene esto gracia. Parece ahora que este quiere detenerme á mí.) Se le pasó á usted la prisa que tenía ántes por irse, eh?

DOCTOR. Lo mismo me da ya una hora más que ménos; me hago la cuenta que cuanto más tarde llegue, más alejo la tormenta que me espera.

JUAN. ¿La señora es celosa?

DOCTOR. Como un turco. Pero se reserva por temor de cansarme, y que la dé la absoluta.

JUAN. Á su mujer.

DOCTOR. Qué mujer?

JUAN. ¿No es usted casado?

DOCTOR. Jamás.

JUAN. Y hace horas que yo le sufro. Abur. (Váse foro derecha.)

DOCTOR. Oiga usted. (Se va á marchar detrás de él, y se detiene al oir la voz de Paco, que viene foro derecha. Entiéndase que el foro ha de tener dos ó tres que den al salon.)

ESCENA XIX.

EL DOCTOR y PACO.

PACO. Doctor.

DOCTOR. Eh?

PACO. Al fin salí del embrollo. Dónde está Barca?

DOCTOR. En este momento acaba de marcharse de aquí á escape sin que me haya sido posible detenerle.

PACO. Déjele usted, que ya no hay cuidado.

DOCTOR. Cómo?

PACO. Ya entró en su casa.

DOCTOR. Eh? (Sin entender de qué le habla Paco.)

PACO. La llave estaba metida en el forro de su manguito.

DOCTOR. La llave?

PACO. Sí. Esa maldita llave que nos ha traido revueltos á todos. Perdóneme usted el suplicio que habrá pasado por mí.

DOCTOR. Qué suplicio?

PACO. El de aguantar dos horas seguidas á Barca. Pero era preciso detenerle aquí á toda costa.

DOCTOR. ¿Con que el marido es él?

PACO. Ahí está. Me escurro. Voy á Buscar á Luisa, que estará impaciente. (Váse foro izquierda.)

ESCENA XX.

EL DOCTOR, JUAN y JOSÉ.

JUAN. (Á José.) Sí, tráigame usted aquí el gaban. (Reparando en el Doctor.) Aún no se ha ido usted?

DOCTOR. No lo ve usted? Já, já, já...

JUAN. Está usted más risueño que á principio de noche.

DOCTOR. En efecto. Es que me estoy acordando de una tontería que me han dicho hace un momento; ja, já...

JUAN. Creí que era de la equivocacion de los Mendozas.

DOCTOR. No, no. Es de otra equivocacion.

JOSE. Aquí tiene el señor su galan. (Se lo da á Juan, y pónién-doselo le dice al Doctor.)

DOCTOR. Perdone usted, este es el mio.

JUAN. Se equivoca usted.

DOCTOR. Vea usted «Moreno» el nombre de mi sastre. (Enseñándole la etiqueta del cuello.)

JUAN. Con efecto, no es el mio. (Dirigiéndose á José, que se habrá quedado en la puerta del foro.) Oiga usted, yo le he dado la tarjeta número noventa y nueve.

DOCTOR. Y yo tenía el número sesenta y seis.

JOSE. Eso es, han confundido los números. Pero igual es. Descámbienlos ustedes. (Váse por el foro.)

JUAN. Entónces mi pobre gaban es este. Noche completa. (Saca el gaban de la caja carbonera donde lo metió.)

DOCTOR. Y por qué le metió usted ahí?

JUAN. Porque creí que era el suyo.

DOCTOR. Gracias.

JUAN. Me lucí.

ESCENA XXI.

DICHOS, la CONDESA, LUISA, MENDOZA y PACO.

MEND. (Á Paco.) No hablemos más. Confio en que será la última calaverada.

PACO. (Á Mendoza.) Te juro no dar lugar á más reprensiones.

JUAN. Paco, oiga usted una palabra con el permiso de estos señores. (Mendoza, Luisa, la Condesa y el Doctor forman un grupo y están hablando interin él habla aparte con Paco.) (Me ha tenido usted aquí dos horas fatidiado, entreteniendo al Doctor, y salimos luégo conque es soltero.

PACO. Cómo el Doctor! Pero si el marido no era él.

JUAN. Usted me le indicó como tal.

PACO. De ningun modo. Usted no entendería bien.

JUAN. Cuál es entónces?

PACO. Pasado el peligro, permítame usted ser discreto.

JUAN. Séalo usted en buen hora. Á mí lo mismo me da.

MEND. (Á la Condesa.) En usted confio que no la volverá á ver más.

COND. Descuide usted.

MEND. Pobre diablo! (Por Juan.)

JUAN. Condesa, con su permiso me retiro.

COND. Ya?

JUAN. Son las tres y media, y mi señora me estará esperando desde las doce impacientísima.

COND. Es celosilla?

JUAN. Algo. La distraeré contándola la historia de la señora que perdió la llave.

DOCTOR. De seguro que la hace mucha gracia.

JUAN. Ya lo creo.

COND. Ofrézcala usted mis respetos.

JUAN. Gracias.

DOCTOR. Y los mios.

JUAN. Repito. Adios, señores. Ah, me olvidaba...

Habeis visto de qué modo
me han obligado á charlar,
no me han dejado acostar
y he manchado el sobretodo.
Si me habeis de conceder
una palmada siquiera,
dadla pronto, que me espera
impaciente mi mujer.

FIN DE LA COMEDIA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Un artículo del Código.....	Drama en tres actos.
La cena de Baltasar.....	Comedia en dos actos.
Rafael.....	Drama en un acto.
Un inválido.....	Comedia en un acto.
Las hijas de su padre.....	Comedia en un acto.
De quién son los chicos?.....	Comedia en un acto.
Un marido soltero.....	Comedia en un acto.

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE SETIEMBRE DE 1874.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Á las cinco	1	D. E. Jackson	Todo.
Dificultades	1	Romualdo Lafuente	»
El que la sigue	1	Jacobo Sales	»
El que todo lo quiere	1	Leopoldo Vazquez	»
Por dinero baila el perro	1	Cárlos Frontaura	»
Tres tipos del año veinte	1	E. J. Cortés	»
¡Una lágrima!	1	L. M. de Larra	»
Un marido soltero	1	Antonio Zamora	»
Á mí qué	2	Eduardo J. Cortés	»
El corazon de un perdido	2	Mariano Chacel	»
El Manco de Lepanto	2	Enrique Zumel	»
Los bandos de Cataluña	2	Enrique Zumel	»
Un mandamiento de la ley de Dios	2	Mariano Chacel	»
Carracuca	3	N. N.	»
Edmundo Kean	3	M. J. de Quintana	»
El ángel del hogar	3	Ángel Torromé	»
El árbol sin raíces	3	Herranz y F. Bremon	»
El castigo sin venganza	3	Emilio Álvarez	»
El cojo de Sariñena	3	Leandro Torromé	»
El estómago	3	Enrique Gaspar	»
El sorteo	3	Luis Blanc	»
Jugar al escondite	3	Eusebio Blasco	»
La esposa del vengador	3	José Echegaray	»
La esposa mártir	3	J. M. Vivanco	»
La mayor venganza	3	F. Sanchez de Castro	»
La muerte de Cisneros	3	M. Ferez. y Gonz.	»
La Vírgen de la Lorena	3	Juan José Herranz	»
Nuestra Señora de Atocha	3	Rafael G. Santisteban	»
Sota, Caballo, y Rey	3	E. Zamora Caballero	»
La hiedra de la masía	4	Federico Soler	»
Quimeras de un sueño. (Mágia.)	4	Enrique Zumel	L. y M.
ZARZUELAS.			
Amor á pedradas	1	Manuel Nieto	Música
Empleo desconocido	1	F. Reparaz	Musica
Lo catedral de Colonia	2	Manuel Nieto	Música
Los dos leones	2	Manuel Nieto	Música
El barberillo de Lavapies	3	L. Mariano de Larra	Libro.
El velo de encaje	3	P. y Brañas y F. Cab.	L. y M.
El maestro de Ocaña	3	Cárlos Frontaura	Libro.
Los dos sargentos franceses	3	D. Lopez Ayllon	Libro.
Un paseito á la Habana	3	E. Gaspar	Libro.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle d Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.